

Corrientes subterráneas en el pensamiento latinoamericano

Entrevista a Pablo Levín

Angel de la Vega Navarro*
Septiembre de 2007

La historia oficial del pensamiento económico latinoamericano está llena de grandes nombres conocidos: Celso Furtado, Raúl Prebisch, Fernando Cardoso y muchos más. A todos ellos los reunía, más allá de sus diferencias teóricas, ideológicas y políticas una preocupación por el desarrollo de América Latina. Dieron muchas batallas, sobre todo en organismos internacionales, con gran mérito ya que lo hicieron dentro de un marco acotado y restringido por la ideología e intereses predominantes. Sus trabajos han tenido cierta continuidad, por ejemplo en CEPAL, y sus publicaciones constituyen referencias básicas en numerosos centros de estudio y de investigación, sobre todo en donde la teoría del desarrollo mantiene un lugar. Algunas de sus aportaciones alcanzaron rango de teorías –la de la dependencia es un ejemplo paradigmático– sin que llegaran a consolidarse, a pesar de las pretensiones de sus representantes. Algunos mantuvieron una preocupación crítica unida a una militancia de tipo socialdemócrata o socialista; otros participaron en experiencias gubernamentales que han buscado, al mismo tiempo que transitar a la democracia, romper ortodoxias económicas para abrir caminos nuevos a las políticas públicas, sobre todo en Brasil, Argentina y Chile.

Queda por hacer una historia intelectual de numerosas prácticas teóricas, intelectuales, políticas que no han alcanzado la visibilidad de las precedentes y que muchas veces se han desarrollado como corrientes subterráneas, ya sea en sus propios países o en el exilio y la persecución. La “universidad de las catacumbas”, llama Pablo Levín a esa diáspora particular. Su presencia se hace evidente cuando aparecen movimientos sociales y políticos de corte radical y, en algunos casos, su participación se hace imprescindible para la interpretación crítica y la orientación de esos movimientos. Este parece ser el caso argentino; de ahí la importancia de conocer el pensamiento del profesor Pablo Levín (Buenos Aires, 1935), profesor titular de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires, director del Centro de Estudios para la Planificación del Desarrollo de esa universidad y autor de varias publicaciones, algunas de las cuales se señalan al final de esta entrevista.

La entrevista que se leerá a continuación fue realizada entre el 17 y el 19 de noviembre de 2006, en ocasión de la visita a México del Profesor Levín durante la cual llevó a cabo varias actividades académicas en instituciones como El Colegio de México y la UNAM. La versión que aquí se presenta es el texto integral de la entrevista, revisado por Pablo Levín. Existe el propósito de publicar en un libro o revista otra versión, probablemente resumida.

Los años de formación: un autodidacta que pasó por la universidad

Angel de la Vega Navarro (AVN): Podríamos empezar por algunos datos acerca de tu formación académica. Sabemos que has presentado una tesis de doctorado, que tienes

* Profesor del Postgrado de Economía de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

varias publicaciones y que te desempeñas como profesor universitario; pero sería interesante conocer algo más de tu trayectoria académica.

Pablo Levín (PL): He sido un autodidacta que frecuentó la universidad y fue obteniendo sus títulos sin entregarse nunca a la estructura académica formal. Y lo soy aún. Me cuento entre los cultores de “la universidad de las catacumbas”: en ella hice mi formación y mi trayectoria. Por eso quiero decirte unas palabras sobre esta universidad informal que está unas veces más adentro y otras más afuera de la universidad formal, pero es inseparable de ésta. Quizás esto fue así desde hace más de medio milenio. La Universidad nació con los primeros berridos del capitalismo y acompañó a éste en todas sus etapas. Pero esta institución lleva en sus entrañas una contradicción inmanente, entre su misión y las condiciones en que debe cumplirla. En efecto: su finalidad es producir saber universal, conceptualmente integrado, en permanente transformación. Su misión es también comunicar ese saber, difundirlo, y, a la vez, recrear en las nuevas camadas de investigadores y docentes la capacidad de proseguir esa rama de la producción social. Tal es la misión de la universidad. Las condiciones que debe cumplir son recíprocamente excluyentes: debe liberarse de toda ideología y a la vez debe someterse a la ideología del capital. Debe ser independiente y servil, incorruptible y corrupta. Debe estar subsumida en el proceso de reproducción del capital y ser ciencia. Esta contradicción es inherente a la universidad en tanto institución de la sociedad moderna.

En las épocas de progreso y en los centros mundiales más avanzados la contradicción se atenúa y parece desvanecerse. En las épocas y las zonas más retrógradas la universidad se desdobra en el polo de la sombra y el polo de la luz. En un polo queda la fachada muerta, la formalidad académica, la universidad de la ortodoxia, usurpada por el *mainstream* arrogante. Mancillada, perseguida, la vida del espíritu huye de la universidad oficial y construye para sí la “universidad de las catacumbas”. Es el alma insobornable de la Universidad, que en los tiempos malos debe separarse de la institución formal, sabiéndose mal vista, discriminada, perseguida. Sea a la luz del día, sea en las catacumbas, ¿qué es la universidad? Es la reunión de los intelectuales libres, investigadores, estudiantes, docentes. Es el diálogo universal entre trabajadores dispuestos a jugarlo todo sobre la que siempre será la última carta: la del poder emancipatorio y liberador de la filosofía y la ciencia, conjugadas, recíprocamente mediadas.

En algunos de nuestros países hemos tenido que hacernos autodidactas en las épocas de represión militar y hoy la pauperización (espiritual, intelectual, y material) de la universidad nos obliga a serlo todavía. En la catacumba el autodidacta no se aísla sino que entabla una relación social universal.

AVN: ¿Cómo llegaste a la economía? En tu curriculum en el rubro “profesión” pones economista, eres doctor en estudios del desarrollo y obtuviste el premio nacional de economía de Argentina.

PL: Una de las primeras obras “para adultos” que leí en la temprana adolescencia fue *Sandino, General de hombres libres*, de Gregorio Selzer. Ese libro me reveló un mundo de aventuras y realizaciones. Nada de “realismo mágico”. Era, al contrario, una conexión directa con la magia potentísima del mundo real. Nació entonces en mi espíritu la idea de proseguir los caminos de Sandino. Más tarde la idea se transfiguró en el proyecto que todavía tengo: el de retomar el camino iniciado por Marx.

El ideal de la liberación latinoamericana ocupó mi adolescencia, junto con otras preocupaciones propias de la edad, acaso más perentorias. Cuando empecé a estudiar de manera sistemática, aunque principalmente autodidáctica, mi motivación inicial fue la militancia, en la que tuve la suerte de iniciarme integrándome en el grupo dirigido por el marxista independiente Silvio Frondizi. En cuanto a mis estudios universitarios, mi primera orientación fue hacia las ciencias naturales y la medicina. Sabía que la economía política era importante, pero pensaba que era una ciencia en la que ya estaba todo hecho. Poco a poco me fui convenciendo que debía ocuparme de mi formación económica, procurando al mismo tiempo adquirir una cultura amplia en el campo de las ciencias naturales y sociales. La evolución natural y la etología me interesan desde hace muchos años. Nunca perdí ese interés. Hoy mismo encuentro importante reconocer en la vida económica un comportamiento social de seres vivos en un medio específica y exclusivamente humano, la historia. Es necesario a la vez distinguir y relacionar los distintos niveles de relación y comportamiento, para identificar el momento específicamente histórico de nuestra vida social.

Cuando ingresé como estudiante en la licenciatura de economía política ya tenía lecturas previas, e incluso antes de egresar pude iniciarme en la carrera profesional. Cuando recién cursaba las primeras materias en la Facultad de Ciencias Económicas, tuve la suerte de iniciarme en planificación regional. A la vez comencé la carrera docente en la cátedra del doctor Julio Olivera, quien a la sazón dictaba una materia fundamental: dinero, crédito y bancos. Luego me dediqué, hasta hoy, al estudio y a la enseñanza de la historia del pensamiento económico, una fuente de riquezas inagotables. Paralelamente, a la vez que daba mis primeros pasos en la carrera docente, integré un grupo de estudio sobre *El Capital*. Todos estudiábamos, trabajábamos ya como economistas, y comenzábamos a enseñar.

Era la gloria, la catacumba auténtica. Sin perder el hilo de nuestro propio plan de autoformación, mis condiscípulos y yo buscábamos y aprovechábamos oportunidades de tomar contacto con verdaderos profesores, de distintas materias y orientaciones. Nuestra pequeña bandada de pichones buscaba algo como lo que los etólogos llaman “*imprinting*”: los pájaros jóvenes deben oír siquiera una vez a un congénere adulto *para aprender el canto de la especie*.

Oímos ese canto. Había algunos maestros entre los profesores de nuestra facultad: Sergio Bagú, Julio Olivera, el mismo Silvio Frondizi. Otros, más lejanos, se ponían momentáneamente a nuestro alcance cuando asistían a congresos en Buenos Aires o permanecían algún tiempo como profesores visitantes. Era como si bajaran los dioses del Olimpo, en persona. Durante un distendido paseo en lancha por el delta del Paraná con Paul Sweezy y Leo Huberman tuvimos un diálogo, cuyo significado y alcance se me fue develando con los años.

Pienso hoy que Sweezy representó lo mejor del marxismo del siglo XX; pero padecía también de la regresión ricardiana que gravitó desastrosamente en esa tradición marxista. Tuve los primeros atisbos de la necesidad de criticar la regresión cuando era estudiante de grado y me iniciaba en los infaltables “grupos de estudio del capital”, que eran -y son- las células-madre de la universidad de las catacumbas.

Durante el paseo que te relataba, nuestras preguntas se centraron en los pasajes de *El Capital* dedicados a la “forma del valor”. Para nuestra sorpresa y desazón, Sweezy nos manifestó con noble sinceridad, y a la vez con ingenuidad pasmosa, que el tema de la forma del valor (que clara y explícitamente Marx mismo pone en el centro y en la

base de su contribución teórica) le resultaba ajeno (dando a entender a la vez que no lo consideraba demasiado importante).

Ese episodio me marcó. Retrospectivamente, creo que ya entonces tenía algún barrunto sobre la relevancia de esta cuestión teórica que contiene la clave para comprender el mundo contemporáneo y fundamentar una estrategia de transformación social. Hoy esa cuestión es el centro de mi trabajo. A la sazón me intrigaban los pasajes enigmáticos de Marx sobre “génesis del dinero”. Junto a compañeros y condiscípulos de entonces, alimentábamos la convicción de que los trabajadores en general, y los economistas en particular, debíamos prepararnos para el día en que la historia y la revolución pusieran a la orden del día la planificación económica a escala social.

Primeras experiencias profesionales como planificador regional y primeros contactos con el “pensamiento económico latinoamericano”

Hice mis primeras armas en la vida profesional como planificador regional en un organismo público. Ese trabajo me permitió viajar mucho, recorrer el territorio continental argentino, mantener contacto con organismos técnicos estatales, nacionales y provinciales, y cientos de empresas de todo tipo. Hacia fines de 1974, horrorizado por el asesinato de Silvio Frondizi, pude advertir a tiempo que había llegado la hora del exilio. Viví 10 años en Venezuela donde en un ambiente humano acogedor y estimulante proseguí mis estudios teóricos y mi carrera profesional. Ésta me brindó experiencias de valor teórico. Mi libro *El capital tecnológico* es una adaptación de la Tesis Doctoral que presenté en la Universidad Central de Venezuela en 1994. Muchas de sus ideas surgieron recorriendo Argentina y Venezuela, visitando empresas industriales y establecimientos rurales, platicando con empresarios, con ingenieros y otros profesionales no economistas, y visitando talleres, plantas industriales, establecimientos rurales.

En el pensamiento económico latinoamericano, sobre todo el de la primera CEPAL, encontré en un comienzo motivaciones fértiles, tanto en mi primera etapa bonaerense como en la caraqueña, principalmente porque varios de sus autores más representativos insisten en la distinción entre crecimiento y desarrollo. Creo que ellos mismos no comprenden ni saben explicar este concepto ni, por cierto, llegan a formularlo rigurosamente. Carecen de la teoría relevante. Esa elaboración (como comprendo a través de mi propio trabajo, especialmente el último) pondría en jaque toda la estructura de la ciencia económica, abriendo en ella una perspectiva crítica transformativa.

En los maestros latinoamericanos encuentro un pensamiento teórico incipiente, unido a percepciones históricas, geográficas, sociológicas, políticas. Esos autores logran una yuxtaposición sincrética pero vívida y estimulante de diversas doctrinas. Son exponentes de la representación del mundo de un latinoamericano culto progresista de mediados del siglo XX. En su visión del mundo se destaca el contraste entre desarrollo y subdesarrollo. Sus categorías son metafóricas, descriptivas, a-conceptuales, o pre-conceptuales. Por ejemplo, “centro” versus “periferia”, sector moderno, industrias “de punta”, etc., en contraposición a sectores “tradicionales”. Reflexionan sobre el desarrollo en Latinoamérica, sus obstáculos y condiciones, sus etapas, las políticas necesarias para promoverlo y lograr la integración, las relaciones de Latinoamérica con el resto del mundo.

Pero no logran determinar el cuadro histórico concreto del desarrollo capitalista. La dialéctica misma que ellos señalan entre desarrollo y subdesarrollo capitalista, que

está en los tuétanos de la teoría del capital, se les escapa. La lucha de clases queda envuelta en nebulosas. La etiología de esta escisión del mundo moderno entre desarrollo y subdesarrollo, está fuera del alcance de la teoría latinoamericana del desarrollo, pero ¿acaso sabe explicarla la doctrina económica “mainstream”? Los escritos latinoamericanos no la explican, pero tienen siempre presente su impacto en nuestros países. Por eso encontré y sigo encontrando en esos trabajos una fuente de inspiración y, sobre todo, preguntas que trato de responder. En ese sentido creo que mi trabajo tiene raíces (y también, espero, follaje y frutos) en el pensamiento latinoamericano.

AVN: Sin embargo te sitúas dentro de una corriente que podemos llamar marxista. ¿Podrías precisar un poco más tu trayectoria y ubicación dentro de esa corriente, así como aquellas contribuciones de Marx que para ti son más importantes?

Hacia un marxismo crítico, “retomista” y no doctrinario

PL: Creo que mi posición podría calificarse de “retomista”. Desde hace muchos años estudio la obra de Marx, y las de algunos de sus precursores y discípulos. Marx comprendió desde joven la necesidad histórica de la crítica de la economía política. Es el *leit motiv* de su carrera intelectual, que en todas las circunstancias de su vida azarosa se acerca cada vez más al proyecto de ponerle fundamentos científicos al socialismo. En su obra de madurez descubrió en las teorías de las formas del valor y del plusvalor la clave para la crítica de la economía política. Se propuso llevar a cabo esa crítica, y por cierto alcanzó logros importantes. Pero es necesario distinguir entre sus aportaciones realizadas dentro del horizonte ricardiano mismo y los breves pero importantísimos tramos de su obra económica en los cuales despegas, elevándose por encima de ese horizonte, y abre una dimensión teórica nueva. Entre estos tramos están, como él mismo señala, los dedicados a la teoría de la forma (mercantil) del valor; debemos añadir, aunque aparecen de un modo más difuso y menos desarrollado, los que bosquejan la teoría de la forma del plusvalor. En estas dos teorías las aportaciones de Marx son originales y permanecen pletóricas de consecuencias no enteramente dilucidadas. En ellas se centra todo mi trabajo, en el que procuro retomarlas.

Al hacerlo, desemboco en una crítica de la teoría de la forma de valor en su formulación marxiana. Encuentro que el texto original no es enteramente acorde con las propias pautas de su autor. En ese sentido mi crítica es, entiendo, interna y transformativa de la obra de Marx. Es decir, *retomista*. Ciertamente, en aspectos significativos, la versión resultante difiere de la que se encuentra en el texto clásico. Surge aquí la trajinada cuestión doctrinaria. Si por ortodoxia se entiende la fidelidad al propósito del autor mi versión es, según creo, más ortodoxa que las que asumen ese término en el sentido habitual de apego a la letra. No hace justicia a Marx la idea de una ortodoxia doctrinaria. Su teoría es científica, ergo, irrenunciable y rigurosamente crítica. El legado de Marx es de carácter íntegro e integralmente científico. Su apropiación real exige, por ende, que se adopte con su obra la actitud que él mismo tomó con la de sus antecesores, como por ejemplo con la de Ricardo. De allí su vigencia.

Mediante su obra crítica Marx vio extenderse frente a él un nuevo horizonte. Pero allí se interrumpió su derrotero, como el de Moisés a la vista de la Tierra Prometida. No llegó a derivar las consecuencias necesarias, teóricas y políticas, de ese descubrimiento. Supo que allí debe encontrarse el fundamento científico del socialismo, que buscó durante tres décadas. En suma: no llega a exponer la teoría de la diferenciación del capital. Nosotros encontramos que esta ley se deriva necesariamente de los conceptos enseñados por Marx, y explica lo que él quiso explicar: las

transformaciones de la sociedad capitalista, que brotan necesariamente del desarrollo del capital. Esos cambios comenzaban a manifestarse en la segunda mitad del siglo XIX, y luego, hasta nuestros días, transformarían radicalmente la estructura del sistema mundial capitalista como un todo.

Estaba sólo a un paso de comprender que la tecnología habría de ser el principio de diferenciación *intrínseca* del capital industrial. Pero no llegó a dar ese paso. Su obra brinda un cuadro vívido y magnífico de la centralidad de las innovaciones tecnológicas de base científica en el proceso de industrialización capitalista; nombra y describe fenómenos en que se manifiesta la diferenciación del capital (procesos, v. gr., de concentración y centralización del capital), pero no distingue entre la diferenciación extrínseca y la diferenciación intrínseca del capital industrial, no explica la configuración de subsistemas de acumulación ni por consiguiente su significación en la formación y la perspectiva del proletariado, ni prevé la transformación que ocurriría en el sistema capitalista como un todo como consecuencia de la diferenciación tecnológica del capital industrial. Ni, por último, discute el impacto de la diferenciación del capital en la formación de una nueva estructura de la sociedad capitalista mundial y por consiguiente del presente escenario de la lucha de clases y las nuevas perspectivas y condiciones de la transición del capitalismo al socialismo.

No ignoraba, ni mucho menos, las manifestaciones de la diferenciación *extrínseca* del capital: el sistema colonialista de explotación y despojo brutal sobre el cual se levantaba la espléndida civilización moderna occidental. Pero su obra inacabada permanece en el concepto todavía abstracto de capital no diferenciado, que todavía da pábulo a la ilusión del progreso capitalista que tiende a igualar el grado de progreso de las sociedades y las economías nacionales. “El país industrialmente más desarrollado no hace sino mostrar al menos desarrollado la imagen de su propio futuro”. La historia del siglo XX es contundente en la refutación de este aserto, el cual es expresión de una obra teórica original inconclusa.

Unas décadas después de la muerte de Marx, sus discípulos rusos debieron extraer consecuencias estratégicas del atraso de Rusia, pero no supieron explicar las leyes económicas de ese atraso, ni, menos aún, comprender cómo la diferenciación internacional del capital cambiaba las condiciones de la revolución en los países adelantados como Inglaterra y Alemania. Poco podía servirles para todo ello la teoría del capital no diferenciado. Según el punto de vista todavía abstracto de esa teoría, el propio progreso del sistema debería eliminar tarde o temprano el “atraso” manifestado en los países donde a la sazón el capitalismo no se había “desarrollado” aún en plenitud.

Hoy, un siglo más tarde, todavía está pendiente la tarea de proseguir la obra teórica de Marx, quien dedicó décadas de laboriosos estudios en la ciencia económica a separar el socialismo de sus ataduras doctrinarias y utópicas. Si su tesis se confirma, el desarrollo crítico de la teoría económica enseñará a la clase trabajadora las leyes de transformación histórica del sistema capitalista, y brindará fundamento a la estrategia socialista. Ésta, a su vez, permitirá a los trabajadores, a la manera de una guía de carácter conceptual, distinguir cuáles son en su práctica cotidiana las acciones conducentes a la liberación. Es (*mutatis mutandi*) el proyecto que Marx mismo desarrolló a lo largo de toda su carrera. En efecto, ya en sus obras juveniles sostenía que el propio sistema desarrolla las condiciones de su superación. La clase obrera, criatura del capitalismo, sería su sepulcra, y heredaría su cultura.

Se trataba, en suma, mediante la ciencia, de determinar concretamente el punto en el que el desarrollo capitalista debía a la vez encontrar su límite inmanente y crear las

condiciones en que la clase trabajadora construiría una nueva civilización sobre las ruinas del capitalismo agotado. ¿Coincidirían los dos procesos? ¿Prepararía el capital a la clase obrera, educándola para reemplazarla cuando su potencial de progreso civilizatorio se agotara? Los elementos necesarios y suficientes para plantear este problema de un modo fecundo, poniéndolo en el centro de la investigación contemporánea, fueron claramente señalados por Marx, y constituyen el contenido principal de su valioso legado. Pero asombra comprobar cuán lejos estuvieron de verlo así claramente la enorme mayoría de sus discípulos. Por mi parte, sigo esa pista. Creo haber mostrado que como consecuencia de la diferenciación tecnológica del capital industrial se presenta hoy un nuevo escenario que obliga a replantear la estrategia socialista.

Aportaciones y secuelas de *El Capital Tecnológico*: una reinterpretación de la teoría del desarrollo

AVN: Mucho de lo que acabas de decir acerca de tu “marxismo retomista” remite a tu libro *El capital tecnológico*¹. Cuando uno lee su título puede pensar que se trata de un estudio sobre un capital en particular, pero también de *El Capital* referido al siglo XXI, de *El Capital* en la era del capital tecnológico.

PL: Si, de eso se trata. Tanto ese propósito, como la pretensión de haberlo alcanzado, se anuncian en el libro con una nota de cautela. La teoría misma de la diferenciación del capital y la génesis de los subsistemas de acumulación, en suma, la de *El Capital Tecnológico*, están puestas a manera de hipótesis. Los conceptos de diferenciación inmanente del capital, y los relativos a las consiguientes transformaciones económicas que dieron una nueva fisonomía al capitalismo después de la muerte de Marx, todo ello es como “hipótesis marco”; es decir, como una hipótesis de carácter exploratorio, que preside la exposición de los conceptos elementales.

Desde la publicación del libro he trabajado bastante más, y, con nuevos avances en la exposición del desarrollo de la forma mercantil del valor y de la forma capital del plusvalor, la diferenciación intrínseca del capital, la configuración de subsistemas de acumulación, la evolución consiguiente de las formas de Estado capitalista, la estructura secuencial de la teoría económica, la distinción entre la historicidad y la historia de las categorías económicas modernas, y, especialmente, la planificación obrera transicional, su significación y perspectiva.. Creo que en mi trabajo tomé el curso correcto para contribuir a la tarea mayúscula de nuestra época: elaborar la teoría actualizada de *El Capital*. Considero que la teoría del capital tecnológico es todavía una “hipótesis marco”; pero ya no es *sólo* eso.

AVN: ¿Te permiten tus contribuciones, sobre todo en *el Capital Tecnológico*, reinterpretar la teoría del desarrollo o del subdesarrollo dentro de una nueva matriz conceptual?

PL: Si. Entiendo que es eso: una reinterpretación de la teoría del desarrollo, una exposición de la dialéctica entre el desarrollo y el subdesarrollo capitalistas. Dentro, como tú dices, de una nueva matriz teórica: el concepto de la diferenciación del capital en su marco histórico. Distingo entre el proceso de diferenciación extrínseca del capital (que se despliega en toda la historia moderna del capital y del capitalismo) y la diferenciación tecnológica del capital industrial (propio de la era del capital

¹ Pablo Levín, *El Capital Tecnológico*, Catálogos, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Económicas, Buenos Aires, 1997, 431 p.

tecnológico). El desarrollo capitalista conlleva una transformación irreversible de las estructuras del proceso de reproducción: su principio inmanente es el de diferenciación tecnológica del capital industrial. Esta ley de transformación se expresa y prevalece en el siglo XX.

Se trata, en efecto, de una teoría del desarrollo capitalista. Su vocación es incorporar y continuar la Economía Política recibida: tanto la versión que Carlos Marx calificó de clásica, como, principalmente, la formulación crítica iniciada por él. Esta última sobrepasó el horizonte clásico mediante el descubrimiento fundamental de la forma específicamente mercantil y capitalista del valor y el plusvalor, pero no comprendió en todo su alcance la consecuencia principal de esos descubrimientos. No llegó a exponer la teoría de la diferenciación del capital. Esto le impidió explicar que el “atraso” de Rusia a fines del siglo XIX no se debía al insuficiente desarrollo del sistema capitalista mundial sino, precisamente, a sus leyes mismas de desarrollo; le impide comprender que el sistema capitalista tal como luce desde el punto de observación escogido por él en Londres o Manchester no había alcanzado su forma final, su madurez, sino que atravesaba una etapa todavía temprana de la era industrial: cuando la industria conformaba sólo un sector, una rama del proceso de reproducción. Hoy, a la vez que el capital industrial se ha escindido en capital potenciado y capital simple, abarca (subsume) el proceso de producción como un todo. Para alcanzar el propósito que desde mediados del siglo guiaba la obra científica de Marx, a saber, construir los fundamentos científicos de la estrategia socialista, era necesario ir más allá de la economía política del capital no diferenciado, de la economía política abstracta. La teoría de la diferenciación (intrínseca) del capital es la prolongación, la continuación necesaria de la teoría del capital no diferenciado. Es, así, en efecto: una *nueva* teoría del desarrollo, es decir, una continuación de la *vieja* teoría del desarrollo capitalista.

Nos brinda una representación en la que el movimiento del sistema capitalista mundial, su cuadro *estratégico* de conjunto, se torna inteligible. En él, los hechos relevantes se acomodan según peso y tamaño (dicho figurativamente). Apenas hace falta decir que la teoría no nos exime de los estudios históricos propiamente dichos, de períodos circunscriptos, de países particulares.

La teoría y el análisis de la situación y perspectivas de América latina

AVN: Tomando en cuenta la advertencia anterior, ¿qué nos dice la teoría, en principio, sobre la situación y las perspectivas de América latina?

PL: La teoría de la diferenciación del capital formula las leyes de transformación del sistema, que dan cuenta de la necesidad interior y de la naturaleza histórica de esta tendencia que afecta al sistema mundial como un todo. Nos ayuda a componer el cuadro de conjunto de la historia presente, a explicar las transformaciones del sistema capitalista, a comprender las nuevas condiciones y perspectivas de la lucha de clases. Eleva nuestra atención al movimiento del todo, en el que cobra un sentido estratégico definido toda circunstancia singular, todo hecho particular, pone acontecimientos y proyectos en orden de relevancia estratégica. La teoría se bosqueja ya, incluso antes de exponerse según sus propios términos, en el modesto ejercicio preliminar de componer con los hechos por todos conocidos un cuadro coherente. (Recordemos que las raíces etimológicas de la palabra “teoría” se unen a las de la palabra “teatro”).

Por más de dos siglos Latinoamérica ha permanecido en estado embrionario, fragmentada, sin contornos institucionales que prefiguren un estado nacional o, por

ejemplo, una federación. Pero la utopía persiste, sobrevive a todas las amenazas, incluso a la mayor de ellas: ser usurpada por aventureros oportunistas. ¿Será finalmente una realización del proletariado? Las burguesías respectivas declamaron a veces el latinoamericanismo, pero fueron incapaces de emprender seriamente un proyecto conjunto. Por separado, llevaron a cabo sendos procesos de industrialización confusos y tardíos en el período comprendido entre la guerra franco-prusiana y la Guerra Fría. A la sazón, la lista de las potencias industriales se cerraba rápida e irreversiblemente, y se dirimía el orden de prelación jerárquica dentro del cerrado club imperialista.

En los escalones más bajos de la pirámide jerárquica internacional, para consolidar sus respectivas hegemonías sociales internas, las burguesías industriales de “nuestros” malogrados estados nacionales ensayaron “peligrosas” alianzas populistas locales. Cada vez que amagaron con políticas de desarrollo económico y social, recibieron un apoyo popular enorme, mil veces digno de mejor dirección. Pero no habrían de ir muy lejos: ante el peligro de activar políticamente a la clase obrera, los dirigentes burgueses retrocedieron espantados y propiciaron o toleraron gobiernos dictatoriales que reprimieron brutalmente. Comprendieron rápidamente lo que habían aprendido un siglo y medio antes las burguesías europeas. Que, si se atrevían a convocar en su ayuda al genio gigantón, debían destapar la botella que lo aprisionaba. Y se los devoraría. Prefirieron desarmar la endeble utilería institucional de sus sistemas políticos formales, procurando matar o paralizar su nervio vivo. Al hacerlo, renunciaron para siempre a su papel histórico de liderar el progreso social. La democracia formalista ya no pone en cuestión el privilegio social, pero tampoco es suficiente para obviar la represión, o siquiera enmascararla. La soberanía del Estado es usurpada por los altos comandos de las empresas gigantes de capital potenciado.

La ciencia económica oficialmente reconocida carece de la teoría relevante para dilucidar las mudanzas de la estructura social, a saber, las leyes de transformación del capitalismo. Es incapaz, por ende, de comprender la necesidad y la naturaleza del cambio histórico presente. La opinión pública colocó esos acontecimientos (los brotes de dictadura en el mundo democrático de posguerra) como lo que por cierto eran: episodios de la Guerra Fría. Pero no supo dar cuenta de la Guerra Fría misma, y de los cataclismos que la antecedieron y la acompañaron: la Primera Guerra Mundial, la corrupción de la Social Democracia Alemana, los tenebrosos regímenes europeos consecutivos a la Revolución Soviética (Mussolini, Hitler, Franco, *inter alia*); pero también la Segunda Guerra Mundial, y, sobre todo, la brutal corrupción Stalinista de la propia Unión Soviética. En definitiva, el agotamiento de la civilización capitalista unido a la apoteosis de las hazañas tecnológicas de las empresas de capital.

El estado de la teoría socialista no era mejor. En las primeras décadas subsiguientes a la muerte de Marx, sus discípulos rusos debieron comprobar, aunque no llegaron a reconocer, que la teoría entregada por el maestro explicaba la naturaleza históricamente específica del capitalismo pero todavía de un modo abstracto, puesto que no explicaba como consecuencia necesaria del desarrollo capitalista el “atraso” de Rusia (de India, etc.). No se trata de la comprobación del fenómeno: es evidente que Marx, como lo atestiguan numerosos e importantes escritos suyos, estuvo siempre al tanto de la historia y la economía del colonialismo, y comprendió con agudeza y profundidad las sociedades de Rusia y la India. Pero la teoría misma legada por Marx a Plejanov y sus jóvenes colegas, y a Kautsky y los suyos, no alcanzaba a dar respuesta al problema que más preocupaba a los primeros (aunque debió preocupar más aún a los segundos). La formulación del problema quedó plasmada en el célebre título de la obra de Lenin: *El desarrollo del capitalismo en Rusia*. La obra discute las consecuencias políticas y

estratégicas de la diferenciación del capital, pero no indaga en la teoría misma del capital para investigar su causa y naturaleza. Marx mismo, en su obra de juventud, había constatado la parálisis de la revolución burguesa en Europa oriental. La corroboraron dramáticamente los socialdemócratas rusos en el accidentado congreso de Minsk de 1898, con clara conciencia de su significación para las estrategias socialistas. Pero ni entonces, ni en toda la historia posterior del marxismo ruso y soviético, se tocó siquiera el nudo teórico del problema: la etiología económica de la paralización de las revoluciones burguesas desde fines del siglo XVIII.

Por su parte, la teoría del Imperialismo capitalista, que luego se convertiría en doctrina oficial del marxismo en el siglo XX, toma buena nota del hecho de la diferenciación del capital. La pone en el centro de su atención, y en la base de sus estrategias políticas, pero no descubre la génesis de esa forma, ni por consiguiente la necesidad y naturaleza concreta de las transformaciones del sistema que ya en las primeras décadas del siglo XX determinaban nuevos escenarios internacionales para la lucha de clases. La historia posterior del siglo demostraría a los socialistas que el reclamo de un fundamento científico, al que responde de un modo fundacional pero incompleto la obra de madurez de Marx, no era solamente una exigencia filosófica, sino una exigencia *sine qua non*. La clave estaba, y está, en la obra de madurez Marx. Hoy podemos encontrarla y desarrollarla, porque el desarrollo histórico está terminando de poner al desnudo todavía todas las contradicciones internas del capital.

Volvamos a la ideología latinoamericana. A diferencia de los militantes rusos y alemanes del novecientos, los fundadores de la doctrina económica latinoamericana no eran ni revolucionarios ni (todos) discípulos de Marx. Pero para ellos en los años 30, como para nosotros (ayudados hoy por la comprobación retrospectiva), el carácter estructural de la desigualdad de los países en la época del capitalismo industrial es la realidad del capitalismo. Ya a comienzos del siglo pasado se había cuestionado e incluso desvanecido la ilusión de un “derrame” universal del progreso, que tendiera espontáneamente a equilibrar los niveles de desarrollo en el mundo, mitigando primero y eliminando luego el “atraso” de algunos países en el sistema capitalista mundial. La economía política recibida se había vuelto anacrónica.

La necesidad de una revisión teórica para la comprensión de América Latina: las exigencias al economista contemporáneo

AVN: De todo lo anterior resulta con claridad que para comprender la situación y las perspectivas de América Latina es necesario revisar la teoría

PL: Sin duda. La comprobación concluyente y definitiva de que el capitalismo conlleva la desigualdad estructural, no sólo entre clases sociales sino también entre países, no basta para que el sistema mismo se vuelva inteligible.

Porque la teoría comúnmente aceptada ignora el concepto de diferenciación intrínseca del capital, avala y corrobora la ilusión del esperado “derrame” del progreso capitalista, ya que carece de los fundamentos conceptuales necesarios para refutarla. Ni siquiera los partidarios del mal llamado “neoliberalismo” predicen ingenuamente una nivelación espontánea y natural de la igualdad, sino que la suya es una retórica de extorsión. Para que la nivelación ocurra y favorezca a las naciones atrasadas, éstas deben abstenerse, sostienen ellos, de interferir con las disposiciones de la providencia, representada por los inversores internacionales. Es menester que gobiernos de menor categoría eliminen las trabas arbitrarias y artificiales a su propio progreso, y al de sus pueblos. Para asegurar que el “derrame” se cumpla, deben aplicar estrictamente las

recetas de Procusto: implementar políticas fiscales astringentes, poner el control de sus Bancos Centrales a merced de las potencias extranjeras interesadas, complacer de un modo ejemplar a los *lobbies* de “inversores”, “abrir” unilateralmente sus mercados internos a competidores poderosos sin pretender que ellos abran los suyos (sin reclamar reciprocidad): acomodar sus normativas y arreglos institucionales a las preferencias de los inversores internacionales, privatizar sus empresas públicas, abandonar las políticas de desarrollo (que como tales son tachadas de hostiles, anticuadas, anticientíficas).

El estado de *atraso*, pobreza y postración de la teoría socialista es un signo mayor de la época presente. Es una paradoja absurda que la doctrina *mainstream* es más consecuente, más sólida en su base teórica, que las teorías que sin superar críticamente la economía política abstracta se tienen sin embargo por “alternativas”. Los colegas progresistas sospechan del discurso oficial, y detectan con rapidez hasta el más mínimo dejo de implicaciones “neoliberales”. Las rechazan, las denuncian. Pero no comprenden teóricamente la naturaleza y la evolución histórica del sistema, ni por consiguiente sus límites o las condiciones de su eliminación. El economista progresista que permanece encerrado en la teoría recibida, reconoce en el capitalismo un sistema de explotación universal, de desigualdad social anacrónica, de injusticia sin límites, de desesperanza, brutalidad y muerte. Pero: o se atiene a la teoría económica y entonces cultiva proyectos de reforma inconducentes, o se “deja” cooptar e ingresa en la carrera servil. Su limitación teórica lo condena a ser cómplice en ambos casos del triunfo de la ideología sobre la ciencia.

Todo economista contemporáneo enfrenta rigurosas exigencias para estar a la altura de su época, para ser científico. Pero la prueba es particularmente severa para nosotros, los latinoamericanos. Vemos la desigualdad internacional desde abajo y bien de cerca. Las estructuras del “atraso” son el medio en que nos desenvolvemos en nuestra vida social cotidiana. Esta evidencia nos ayuda a comprender el mundo, nos hace sentir con más urgencia la necesidad del progreso social universal. Pero conspira contra esa ventaja el recuerdo ideológicamente idealizado de los éxitos efímeros que tuvieron algunos de nuestros países bajo la dirección de burguesías locales con fuerte apoyo popular. Hasta allí llegó el liderazgo histórico de la burguesía: el apoyo de la clase obrera explica su éxito inicial, su fuerza para desarrollar reformas y enfrentar a la reacción, pero también su deserción e instigación a los crímenes de usurpación y dictadura cuando el pueblo que creyó en sus promesas de prosperidad para todos, y apoyó sus amagos anticolonialistas y antiimperialistas, ponía sus propios reclamos y sus propias condiciones. Cuando esos reclamos desbordan las barreras de contención, entonces el poder de los especímenes locales de la clase capitalista debe desprenderse de la forma democrática. Pero no siempre esto es posible, ya que hasta para gobernar por la fuerza es necesario tener alguna autoridad moral, siquiera por defecto. Entonces deben resignarse a auspiciar, o tolerar, el menor de los males, a saber, el populismo. Cuando los políticos burgueses y las instituciones burguesas están profundamente desacreditados, la solución es desacreditar paralelamente la alternativa popular. La figura adecuada suele aparecer en el momento oportuno, y se abre el interludio populista, que despilfarra las energías populares y las esperanzas revolucionarias, a las que sin embargo debe hacer algunas concesiones, mientras prepara el terreno para la restauración del orden.

La instalación del régimen populista es posible si hubo antes una obnubilación suficiente del entendimiento popular. En el escenario o la escenografía de la falsa revolución populista se representa un campo de batalla sembrada con enemigos de

utilería, que distraerán a las masas de los verdaderos. Pero los blancos falsos deben tener, para ser verosímiles, semejanza con los verdaderos.

Hoy en nuestros países la opinión popular aprendió a desconfiar de ciertas recetas de política económica que tacha de “neoliberales”. Pero esa lucidez (por ser una negación abstracta) deja un flanco vulnerable, ya que implícitamente (por “default”) reivindica, ideoalizándolas, las políticas pretéritas de la industrialización no diferenciada. Se acepta sin crítica, y sin examen, que aquellas políticas de los tiempos de guerra y posguerra (que la doctrina eleva al rango de “estrategias de sustitución de importaciones”) estaban dando buenos frutos, y los darían mejores, cuando fueron aviesamente malogradas. La lista de los culpables comprende a los políticos corruptos, los militares sediciosos instigados por el imperialismo, los gobiernos traidores y entreguistas, civiles y militares. También son culpables la cobardía, y el oportunismo de los malos gobernantes, la “mala calidad de las instituciones”, el descrédito de los partidos políticos, etc. Los hechos señalados son evidentes, incontrovertibles. Pero, ¿son acaso la causa o la consecuencia del agotamiento de las políticas de desarrollo económico y bienestar social que permitieron a nuestros países ingresar en el mundo del moderno desarrollo industrial? Y, si fueran consecuencia más que causa del agotamiento de esas políticas, entonces, más allá de circunstancias fortuitas o contingentes de este o aquel país, ¿a qué se debió el agotamiento del desarrollo industrial “autónomo” de Latinoamérica?

Durante las primeras dos terceras partes del siglo pasado, el peculiar desarrollo industrial autónomo (idealizado en el “modelo latinoamericano”) transformó rápida y profundamente la estructura social y la vida política de la Región. A la sazón, la prosperidad y el progreso social parecían desenvolverse sobre bases firmes. Por algún tiempo pareció que abría el camino del progreso social (la vieja promesa del capitalismo, nunca cumplida). Pero en los años de posguerra se puso en evidencia que esas bases no estaban ahí. La proliferación de regímenes militares desnudó la fragilidad del acuerdo de clases entre la burguesía local y el proletariado, en el momento en que la clase trabajadora comenzaba a presentar iniciativas y reclamos propios. Ya en las dos últimas décadas de la Guerra Fría “el modelo” languidecía y acabó malográndose. Pronto colapsó, para dar lugar a un escenario de pesadilla. Una porción inmensa de la magnífica clase de trabajadores industriales nacida de ese proceso quedó reducida a una masa de desocupados sin luz y sin horizonte. A no ser por la ideología, y, correlativamente, por el atraso de la teoría, hubiera sido evidente en los primeros años de la Segunda Posguerra y primeros de la Guerra Fría, que en estos países y en los que constituyeron el así llamado Tercer Mundo, la tarea histórica de dirigir el desarrollo social se volvía desproporcionadamente superior a las fuerzas y a la voluntad de los escuálidos destacamentos locales de la clase capitalista, las efímeras burguesías nacionales. Ya entonces éstas se aprestaban a desertar del puesto de mando local de la sociedad de clases, y cederlo a los estratos dominantes de la clase capitalista internacional. Pero hay que preguntarse más en profundidad, porqué la burguesía no pudo seguir al frente del proceso, dándole nuevo impulso, nuevo vuelo.

Debemos indagar más en profundidad, en los procesos internos del desarrollo capitalista. El “modelo latinoamericano” de industrialización y urbanización minó sus propios fundamentos al desenvolverse al margen del proceso inmanente del capital que transformaba rápida, irreversible y profundamente el sistema mundial. La sociedad se había acomodado con éxito la situación de aislamiento relativo de la región en la época de las grandes guerras mundiales y los comienzos de la guerra fría. Pero su conformación a una situación histórica pasajera la dejó en desventaja cuando nuevas

circunstancias pusieron fin al aislamiento y los subsistemas de reproducción económica locales debieron insertarse en las nuevas estructuras mundiales de dominación económica. En efecto, desde los primeros años de la posguerra, el proceso mundial de diferenciación tecnológica del capitalismo configura subsistemas internacionales de acumulación del capital que subsumen o marginan cada vez más rápidamente las burguesías nacionales. La soberanía de los Estados nacionales de menor jerarquía se desvanece: el poder es ejercido por los Estados de mayor jerarquía y, en última instancia, reside en las empresas transnacionales de capital potenciado. En los países subjerárquicos, antes que en los de mayor rango, las instituciones políticas colapsan, los partidos políticos se desacreditan y se desdibujan. Una vez que los experimentos populistas malbarataron sus oportunidades y sus recursos, y cuando ya la vida política fue suficientemente disciplinada por el terrorismo dictatorial, entonces los rituales de la democracia formal se restablecen porque no ponen en peligro el orden de privilegios. La violencia social recrudece, pero en un ámbito circunscripto, híbrido, no del todo público ni estrictamente privado, no sólo social pero tampoco político: allí los pobres pueden tocar a rebato campanas de madera, sin comprometer la paz social, sin perturbar la vida política, para que los gobiernos muestren al mundo la plena vigencia de las libertades públicas. Pueden ejercer el derecho tan sabiamente amparado por las constituciones liberales, a peticionar, con súplicas o amenazas, ante las autoridades públicas (de paso, convalidándolas). Paradójicamente, el secreto de este período de democracia formal, tan excepcional en Latinoamérica, no reside en la vitalidad de la vida política sino, por el contrario, en su mediocridad sin precedentes, y en la falta de estrategia propia de los movimientos populares.

Los subsistemas locales de acumulación del capital sobrevivían precariamente en los años 70. Donde la adaptación a las circunstancias fenecidas (de la Segunda Guerra Mundial) había sido más exitosa, donde más había avanzado, por ende, la conformación de subsistemas de capital industrial no diferenciado, el derrumbe fue, por fuerza, más catastrófico, y sus consecuencias sociales más calamitosas. Acaso esto no resulte tan evidente en México, porque la definitiva e irreversible extinción de las industrias de capital no diferenciado, que se verifica en todo el globo en el largo período de posguerra que concluye con la caída de la Unión Soviética, queda en parte enmascarado por la temprana instalación de industrias de capital diferenciado reducido, bajo la forma de “maquilas”, plataformas de exportación, zonas francas.

Terminaba una época de la historia moderna. La diferenciación tecnológica del capital industrial era todavía un proceso que no había comprometido por completo la estructura y el movimiento del sistema como un todo. Todavía hoy, cuando las formas consumadas del nuevo estado del sistema se van tornando patentes, la conciencia cabal de la transformación histórica se abre paso sólo muy lentamente en el entendimiento común. Por ejemplo, la noción a-conceptual y equívoca de “globalización” muestra un barrunto confuso de la nueva realidad. ¿Qué pasó con el imperialismo? ¿Qué se hizo de los “tres mundos”, y, en particular, del Tercero? Es notable la facilidad con que se aceptan y propagan sin mayor examen doctrinas aparentemente novedosas, y el lenguaje común incorpora palabrejas pseudo-técnicas. Más asombrosa es la liviandad con que se reemplazan sin explicación ni crítica. El anacronismo de la ciencia económica la incapacita para comprender y explicar el mundo de hoy. Pero la llamada doctrina “alternativa”, por su parte, debido a su propio atraso, se hace cómplice de la deformación ideológica de la imagen del mundo.

Para la teoría convencional, a la vez que la rueda virtuosa de la reproducción gira vertiginosamente, su radio debería aumentar y la animación del núcleo dinámico

propagarse más o menos pronto a todo el sistema. Pero eso no ocurre. Cima y sima, los puntos extremos de lo que debería ser un ciclo de subidas y caídas, coexisten en el tiempo, como en una topografía congelada. Mientras en gran parte del mundo la parálisis se prolonga durante décadas, y se acentúa, abismándose hasta el mismo infierno, en otra parte de lo que debería ser el mismo mundo el estado de animación y la vigorosa expansión de los negocios se sostiene, aunque a los tumbos, y se eleva vertiginosamente, por más que el pico luce frágil sobre el abismo ominoso de la crisis siempre inminente.

En suma. La experiencia de la segunda mitad del siglo pasado es chocante para esa visión abstracta de la economía. Pero cobra sentido y encuentra su necesidad en el concepto de diferenciación intrínseca del capital.

AVN: Si sigo hasta aquí el hilo de tu razonamiento, valdría la pena completar esa digresión sobre la teoría económica para volver al tema América latina. ¿No puedes aclarar un poco más porqué, en qué sentido, encuentras insatisfactoria la economía política económica recibida, que calificas de abstracta? Tu reseña de la teoría de los ciclos parece demasiado somera, para sustentar esa conclusión. Sin pedirte que expongas ahora de modo exhaustivo la teoría del capital tecnológico, ¿puedes indicar en términos generales cuál es la diferencia principal con la economía política del capital no diferenciado? ¿Cuáles son los conceptos en los que enfocas la crítica, cuáles las referencias bibliográficas claves?

PL: Los conceptos que procuro desarrollar críticamente son los conceptos fundamentales de la ciencia económica. Esta ciencia estudia la economía capitalista: su naturaleza específica (por la que se distingue de otras formas de economía), su génesis histórica, sus leyes de movimiento. Éstas son de dos tipos, las leyes de equilibrio y las leyes de transformación. La economía política abstracta estudia las leyes de equilibrio; la economía política transicional estudia las leyes de transformación histórica del capitalismo.

En la historia del pensamiento económico desfilan innumerables doctrinas, muchas de ellas sincréticas y pragmáticas. Dos grupos se destacan por su interés teórico: la cataláctica, que desconoce el concepto de valor y consecuentemente reduce el objeto de la ciencia económica al mercado; y la economía política, que se basa en ese concepto para comprender el proceso de reproducción del capital. La cataláctica tiene dos grandes épocas, la temprana y la tardía. La cataláctica temprana es la primera forma de pensamiento económico moderno, nacida fragmentariamente en los tiempos del “sistema comercial” (siglos XVI/XVIII), y la forma doctrinaria característica de la cataláctica temprana es el mercantilismo. La cataláctica tardía prevalece hoy, en la época del capital tecnológico. Su forma doctrinaria es la del mainstream neoclásico y neoclásico-keynesiano del siglo XX.

Por su parte, la economía política en su versión clásica es la ciencia de la burguesía revolucionaria de los siglos XVII, XVIII y primeras décadas del siglo XIX. Luego declina y renace en la segunda mitad del XIX como ciencia del proletariado. Ésta declina también desde la muerte de Marx hasta el presente y renacerá, creo, con nuevo brío, en el futuro próximo, radicalmente actualizada y transformada. Mis trabajos, creo, están entre los balbuceos que apuntan a esa renovación, que es hoy, sin duda, la mayor necesidad intelectual de la clase trabajadora, que sólo puede comprenderse a sí misma si comprende su nuevo escenario histórico. El siglo XXI no tendrá menos necesidad de una filosofía actualizada, de una ciencia de la humanidad sobre sí misma, que la que tuvo, por ejemplo, el siglo XVIII, que asistía a la configuración de una nueva época.

Pero, claro está, no se arranca de cero sino, tal como se lo proponía Marx, de la crítica de la teoría recibida. Pero de nada vale esa ciencia en su estado actual de retraso. Las transformaciones sufridas por el mismo sistema de producción capitalista dejan muda y pasmada la teoría económica recibida.

La teoría de la diferenciación del capital, tal como la vemos hoy en sus comienzos, supera la dicotomía que prevalece en el mundo desde hace no menos de medio milenio: dicotomía que hoy persiste, anacrónica, en la doctrina consagrada, y se “enseña” en las universidades a veces como ciencia mainstream y otras como teorías alternativas, entre la cataláctica y la economía política. El problema está en la noción de valor, que una ignora y la otra ha aceptado sin decidirse a saber qué hacer con ella, y sin llegar a saber bien qué es. Su solución está en el concepto de *forma de valor*, revelado por Marx, y desarrollado por él de manera incompleta. Casi todos sus discípulos ignoraron ese concepto, que eleva a Marx por encima del horizonte ricardiano; al pasar por alto la especificidad del valor mercantil, y por ende la especificidad de las determinaciones capitalistas del plusvalor, se hicieron victimarios del legado científico de su maestro, re-interpretándolo en clave ricardiana. He aquí, pues, el centro de nuestro argumento. Iremos directamente por un atajo. Sin abrir y componer la dialéctica del concepto de la forma mercantil del valor, indicándola como un proceso en una “caja negra”, podemos sin embargo hacer la pregunta clave: ¿qué tan importante es el concepto de la forma específicamente mercantil del valor, cuál es su necesidad, cuáles sus consecuencias? En definitiva, ¿a qué se llega?

Viene al caso recordar a James Steuart. Este autor (contemporáneo de Smith, mercantilista recalcitrante, uno de los últimos exponentes de la cataláctica temprana) sostiene que las ganancias del empresario individual son de dos tipos, que él denomina absolutas y relativas. La suma algebraica de las ganancias relativas es nula. Esto es acorde con el apotegma mercantilista: “unos ganan lo que otros pierden”. Las ganancias absolutas forman un agregado social positivo. Corresponden al concepto de la economía política: *produit net* en los fisiócratas, el excedente en Ricardo, el plusvalor en Marx. La primera (comentada elogiosamente por el mismo Marx) tiende un puente entre la cataláctica y la economía política abstracta, o la economía política del capital (inmanentemente) indiferenciado. Los grandes exponentes de la economía política abstracta no ignoran, ni mucho menos, que los valores mercantiles (o, en su léxico, los “valores de cambio”) fluctúan permanentemente en torno de los respectivos valores de las mercancías. Pero hacen sus generalizaciones sobre el movimiento general del sistema suponiendo que las tasas anuales de ganancia de los distintos sectores tienden a nivelarse.

Hasta donde yo estoy al tanto, los exponentes de la regresión ricardiana de la economía crítica no advirtieron nunca que los “precios de producción” de Marx se desvían de la tasa de ganancia media en más o en menos debido a la ganancia relativa steuartiana. Esto implica la nulidad simultánea de dos sumas algebraicas: la suma de los desvíos de ganancia absoluta, y la suma de las cuantías de ganancia relativa. Estas nulidades son otros tantos corolarios del apotegma cataláctico. La explicación escapa a la cataláctica, pero constituye un concepto elemental de la economía política abstracta: la suma de los valores mercantiles es necesariamente idéntica a la suma de los valores: por consiguiente, la suma algebraica de los desvíos de los valores mercantiles respecto de los respectivos valores es nula. “La suma de los precios es igual a la suma de los valores”. La frase parece coincidir con lo anteriormente dicho; pero carece de sentido, porque, puesto que las cantidades de valor se miden en cantidades de trabajo, y los precios se miden en unidades de cuenta dineraria, precios y valores son recíprocamente

inconmensurables. El precio es la forma dineraria del valor *mercantil*. Cuando, debido a la ley del valor mercantil, los valores *mercantiles* se igualan a los respectivos valores, entonces los precios son *proporcionales* a los valores.

Las igualdades anteriores comprenden condiciones de equilibrio (igualdad entre valores y valores mercantiles) e identidades (nulidad de la sumatoria de las ganancias relativas). Las “transformaciones” determinadas en el sistema de ajuste del proceso de reproducción por las estructuras del capital (como la paradigmática “transformación de valores en precios de producción”, estudiada por Marx) afectan las leyes de ajuste mismas del sistema, pero las identidades quedan absolutamente inalteradas. Esto último es así porque el sistema carece de otra fuente de valor como no sea el trabajo social, y por ende todo desvío en más del valor realizado o valor mercantil de un producto reproducible con respecto al valor respectivo es posible sí y sólo sí es compensado por un desvío de idéntica cuantía pero signo contrario en otro producto reproducible. La nulidad de la suma de los desvíos es una restricción inescapable, que se verifica necesariamente, en situación de “equilibrio” o fuera de ella. Aún cuando no exponamos la génesis histórica y la necesidad económica de la diferenciación del capital, podemos mostrar su posibilidad, y la consistencia lógica del concepto.

En efecto. Consideremos un empresario innovador exitoso. Gozará de un monopolio temporal, que se concretará en una tasa de ganancia extraordinaria. Si ello implica una trasgresión, o una excepción, a la igualación de las ganancias, no anula permanentemente (puesto que es temporaria) la ley de la igualación de las tasas de ganancia. Pasado el lapso al cabo del cual se anulará indefectiblemente el privilegio del innovador, se pondrá en evidencia la vigencia de la ley. En general, las leyes de ajuste del sistema tenderán a eliminar las tasas de ganancia extraordinarias surgidas de ésta y otras circunstancias fortuitas. De la misma manera, otras fuentes de ganancia extraordinaria tenderán a extinguirse. El progreso capitalista tenderá a eliminar la diferenciación extrínseca del capital. De un modo progresivo quedarán eliminadas las diferencias y se impondrá la tendencia a la nivelación de las tasas de ganancia. Correlativamente, el Estado se revestirá en todo el mundo de sus formas modernas. Cundirá la civilización capitalista universal, el progreso generalizado, el bienestar general, la máxima felicidad.

Esa visión del mundo es acorde con la economía política abstracta, que ignora el proceso de diferenciación del capital. El movimiento real del sistema contradice esta visión abstracta basada en la teoría económica incompleta (que en este sentido califico de abstracta). El capitalismo sin progreso social y sin los beneficios generalizados de la civilización moderna, tal como ya a principios del siglo XX parece persistir en Rusia e India, y en la mayor parte de las naciones del planeta, se explica como “atraso”, o “subdesarrollo”. Estas notas no califican al capitalismo histórico, pero sí a la teoría abstracta del capitalismo.

Las ilusiones de un desarrollo capitalista autónomo en América Latina

Lo cierto es que durante tres cuartas partes del siglo XX el proceso mundial pareció dar pábulo a la ilusión de un desarrollo nacional capitalista autónomo, y que, de hecho, algunos países ya lo tenían en su agenda inmediata, no desprovista de remedios o al menos remedos, colbertianos. La clave estaría en la industria, y dentro de ella en las industrias básicas (siderurgia, energía, bienes de capital, industrias navales, infraestructura ferro-vial). “Sustitución de importaciones”, planificación del desarrollo, ordenamiento territorial, nacionalización de industrias “estratégicas”, jugarían un papel decisivo en este proceso esencialmente pacífico y civil de liberación nacional. El

“Tercer Mundo” del siglo XX, como (*mutatis mutandi*) el Tercer Estado en el XVIII, se elevaría al primer plano para ocupar el lugar que le correspondía en el mundo capitalista moderno. A la vez, prometían un capitalismo más justo, más humano. Así como el Tercer Estado supo romper las cadenas del Absolutismo, el Tercer Mundo rompería las cadenas del Imperialismo. Y hubo, por cierto, incipientes pero vigorosos procesos de industrialización en algunos países latinoamericanos, como también en otras regiones, que parecían “hacer punta”, y confirmar las bondades del novedoso “modelo”.

Eran ilusiones, pero ilusiones al parecer sólidamente corroboradas por la experiencia. Durante las grandes guerras mundiales, prolongadas en la Guerra Fría, la industrialización avanzó vigorosamente y dejó un sello en la fisonomía geográfica y en la cultura popular. Cuando ya promediando el siglo ese proceso mostraba su debilidad definitiva, pareció todavía recibir un poderoso impulso confirmatorio con la consagración internacional de una pléyade de grandes poetas, cuentistas y novelistas nacidos en nuestros países. Hubo, en efecto, durante más de medio siglo, condiciones que permitieron una industrialización vigorosa. Cuando yo era joven era raro encontrar en Argentina un objeto que no fuera de fabricación nacional: la matriz de insumo-producto de los años 60 era más densa en ese momento que la de varios de los países industriales más avanzados. El subsistema nacional era un microcosmo capitalista en el que se cubría aparentemente todo el espectro sectorial. Pero esa adaptación exitosa a una coyuntura histórica que cambió rápidamente, resultó ruinosa. La imposición extorsiva de políticas de ajuste y apertura con endeudamiento indiscriminado, junto con las privatizaciones de los años noventa, sólo le pegaron a un perro muerto. Las industrias habían desaparecido, así como los barrios industriales con fábricas espléndidas en las que había vida obrera con tradiciones importantes. Ahora son depósitos, *lofts*, supermercados, o galpones abandonados invadidos por una multitud harapienta que busca refugio de una situación de exclusión social dentro de un mundo civilizado que ya no les dará cabida.

AVN: ¿Cómo es que la situación se bloqueó y se degradó de esa manera? Eso no ha sucedido en otros países que han podido reinsertarse de otra manera en el mundo.

PL: La comparación entre el “modelo” de industrialización latinoamericano, y el que podríamos llamar “oriental”, suele ser motivo de confusión.

Justamente, de esto se trata. Pero la confusión desaparece si tenemos en cuenta que el desarrollo del sistema consiste esencialmente en un proceso de diferenciación intrínseca del capital. Los dos “modelos” corresponden a fases históricas distintas de ese proceso. El “modelo latinoamericano”, al período durante el cual la diferenciación tecnológica del capital industrial no ha impactado todavía en la configuración de los subsistemas de reproducción a escala internacional. El “modelo asiático” anuncia el comienzo del período caracterizado por la internacionalización de los subsistemas de acumulación de capital tecnológicamente diferenciado. Si nos figuramos estos subsistemas como pirámides, el capital potenciado en la cúspide y el capital reducido en la base, esta última se desarrolla vertiginosamente en países que antes formaban el “tercer mundo”.

La deformación ideológica los presenta como “modelos” entre los cuales los gobiernos pueden optar. Puesto que la historia indicaría que el primero se malogró y el segundo luce exitoso y prometedor, la lección sería no reincidir con el primero, que sólo puede llevar al desastre, y adoptar sabiamente el segundo, aunque implique un “sacrificio momentáneo”. Tal es el mensaje propugnado por las doctrinas económicas mainstream que racionalizan la retórica de extorsión mediante la cual fueron impuestas

a nuestros países las políticas de apertura y ajuste estructural. Este discurso enseña que el crecimiento económico es el premio reservado a los países que aplicaron dócilmente las recetas de política correctas, y de este modo lograron ofrecer un ambiente atractivo y acogedor a los inversores internacionales.

La reacción popular instintiva contra esa arrogancia grosera reivindica las políticas nacionalistas y populistas. Pero cae en una trampa. Porque, ¿puede obviarse el hecho de que las burguesías nacionales que dirigían esas políticas ya eran, en sus mejores momentos, un anacronismo? De hecho, nunca dieron una batalla seria por el desarrollo. Al contrario, desertaron vergonzantemente a cambio de una porción en la orgía de estafas financieras gigantescas en contra de sus propios países, y fueron cómplices corruptos del desmantelamiento del Estado y del vaciamiento financiero del país ¿Qué puede esperarse de semejante clase dirigente?

En el orden mundial capitalista las naciones guardan entre sí relaciones acentuadamente jerárquicas. Para mantener y mejorar sus posiciones, o bien tienen que renovar la iniciativa poniéndose y volviéndose a poner al frente de los cambios estructurales que trastornan incesante e irreversiblemente la estructura económica mundial de la sociedad capitalista, o bien deben reinsertarse acertadamente en ese proceso, apostando al éxito de los líderes exitosos y acatando sin reticencias las condiciones que ellos ponen. La innovación tecnológica forma parte inextricable de un proceso de re-configuración de subestructuras económicas (que nosotros estudiamos como subsistemas de acumulación del capital), y, a la vez, de adecuación institucional y reformulación de los regímenes normativos. Estos cambios comprometen en profundidad la estructura de las clases sociales, transformándola irreversiblemente. La diferenciación del capital conlleva la diferenciación interna de las clases sociales fundamentales de la sociedad capitalista, la clase capitalista y la clase obrera.

El sistema capitalista mundial, los subsistemas de acumulación y la planificación

AVN: Hablamos usualmente desde la perspectiva de cada uno de nuestros países y esto es válido, ya que existen aún ciertas realidades que le dan sustento; pero ¿cuál es ahora el ámbito de observación más relevante en la actualidad?

PL: El ámbito de referencia obligado para nosotros, el objeto de la ciencia económica moderna, es el sistema capitalista mundial, considerado como un todo dinámico e histórico. Pero ese objeto no se presta a la observación directa. A la vez, las partes directamente observables deben ser comprendidas como partes de una totalidad articulada, concreta. El ámbito de observación debe ser una parte significativa de ese todo. Esa parte es el subsistema de acumulación.

La economía política abstracta (y, en general, la doctrina mainstream) ignora las leyes de la configuración de subsistemas. Se representa el todo como un conjunto interactivo de entidades cuasi-monádicas. La observación no abarca la totalidad, pero su estructura y su dinámica se infieren del comportamiento individual de los dos tipos de agentes económicos, empresas y familias, que entablan la peculiar relación mercantil. Son las partes de ese todo. Una versión más “realista” (pero más ecléctica) de la teoría abstracta pone en escena un tercer agente del proceso económico, el gobierno.

Nuestra línea de trabajo reconoce esa teoría abstracta como una primera etapa en el desarrollo conceptual, pero no se detiene en ella. Sus conceptos, que van más allá de lo recibido, comprenden, entre otros, dos correlativos: la diferenciación del capital y la configuración de subsistemas. Ahora, entre las empresas de capital y el sistema

productivo como un todo se interpone un ámbito intermedio, el subsistema de acumulación. La teoría reconoce lo que está a la vista de todos: las empresas de capital conforman un orden estrictamente jerárquico. La totalidad del sistema no es ya una globalidad indiferenciada, sino una estructura compuesta con subestructuras. Éstas ofrecen un ámbito de observación relevante. La distinción que nos enseñaron las doctrinas latinoamericanas encuentra su fundamento teórico: la esencia del desarrollo capitalista es el proceso de diferenciación *intrínseca* del capital.

Esta versión más concreta de la teoría económica pone la planificación en el centro de interés. El agente de la planificación no es ni única ni principalmente el gobierno, ni es éste un ente extrínseco, que corrige y orienta el movimiento económico mediante regímenes de regulación e instrumentos de política (vgr. monetaria y fiscal), en aras del bien común y el bienestar general, y sin otro mandato que el establecido por la Constitución. Por su parte, las empresas de capital no se limitan a planificar “hacia adentro”, a concebir y ejecutar cursos de acción en que deciden directamente sólo sobre aquellos recursos que controlan directa y efectivamente. El mercado sigue siendo el único nexo social de *carácter general y universal*, en el sistema mundial como un todo, pero no es el único que entablan entre sí las empresas de capital. Éstas se vinculan unas con otras entablando *relaciones directas de acumulación*. Al hacerlo, conforman subsistemas jerárquicos de capital en los que unas empresas planifican a otras empresas, y gobiernan a su propio favor las condiciones de acumulación del capital de las empresas planificadas.

Cada época histórica del capital tiene sus subsistemas de acumulación característicos. El desarrollo capitalista en el presente y el pasado próximo está presidido por el proceso de diferenciación tecnológica del capital industrial. Las empresas de capital potenciado conjugan dos capacidades exclusivas de ellas, por las que ganan y conservan su poder preeminente. Una es la capacidad de llevar a cabo la innovación técnica. La otra es la capacidad de configurar y reconfigurar los subsistemas de acumulación sobre los que estas empresas ejercen su dominio. Los subsistemas de acumulación son su ámbito de planificación específico. Su poder sobre las empresas de capital reducido brota de las entrañas de la sociedad civil, es decir, del ámbito en el que la premisa de la economía política abstracta es la ausencia de un poder semejante. El mercado, una relación biunívoca de interdependencia general basada estrictamente en la igualdad y la libre voluntad de las empresas de capital, constituye la trama y la estructura que articula la sociedad civil. Y sin embargo, de ese ámbito de donde conforme a su concepto toda desigualdad y toda imposición debieron ser desaterradas; es decir, de las entrañas mismas de la sociedad civil, brota un poder que es a la vez económico, social y político. Un poder colosal, *políticamente irresponsable*, inapelable, supremo, que cobra objetividad inmediata en el control discrecional que ejercen unas empresas sobre otras, y subordina al Estado. Es el poder del capital potenciado. No emana, claro está, de un mandato político, sino de la voracidad insaciable del capital, inmanente a su naturaleza misma. No se aviene a la forma, ni al contenido, ni, por cierto, al espíritu del sistema de la democracia representativa burguesa. Corrompe irreversiblemente, porque no puede tolerar otra soberanía que la suya, la forma moderna del Estado capitalista, pero conserva sus formalidades, mientras contribuyan a mantener la paz social. Mientras sólo sean vacías, banales, inocuas. El Estado capitalista, que siempre fue un instrumento del interés particular sobre la voluntad común y el interés general, pierde la figura por la cual encarnaba, pese a todo, la forma del altruismo, del interés supremo de la sociedad, y, en definitiva, de la Justicia y de la Ley. El halo mágico resplandeciente del Estado en su forma moderna le permitía renovar siempre,

sin cumplirla nunca, las elevadas promesas de bienestar general, progreso universal, y libertad. Hoy, en una época en que se torna evidente que la prolongación del capitalismo significa el desamparo de la humanidad y la destrucción del planeta, la economía política abstracta, la economía política anacrónicamente detenida en la teoría del capital no diferenciado, participa de la degradación del Estado moderno: así como éste fue corrompido por el capital potenciado, aquélla fue degradada a pura ideología.

La mentalidad común en nuestros países, encerrada en las nociones de la economía vulgar, procura comprender este escenario. Pero, carente de la clave teórica necesaria, se debate perpleja ante paradojas incomprensibles. ¿Porqué fracasan países evidentemente aptos, naciones dotadas de buenos recursos culturales y naturales, que en el pasado, hasta apenas unas décadas, parecían tener un buen desempeño? ¿Porqué otros países, fuera de la región, despertados más recientemente a la vida moderna, parecen encaminarse hoy en un sendero de prosperidad?

¿Porqué países fuera de la región han tomado un sendero de prosperidad?

AVN: Esos países han sido capaces de definir nuevas estrategias en el ámbito internacional, pero también reformas internas para llevarlas a cabo. ¿Qué ha pasado en nuestros países?

PL: Lo cierto es que nuestros países están atrasados en su desarrollo, pero también en su subdesarrollo. Por eso, cuando se les imparte la sabiduría “de la feliz inserción en el mundo”, y se les dice, por ejemplo: “adoptad el modelo ganador, el taiwanés, surcoreano, hindú”, ello equivale a que se les diga: “¡Aprended a ser buenos subordinados! ¡Ocupad vuestro lugar subordinado en los escalones intermedios o bajos de la jerarquía internacional, pero no os quedéis fuera de ella, fuera del mundo! ¡También vosotros podéis ser subdesarrollados exitosos! ¡Asumid vuestra servidumbre y seréis libres!” No se trata, por cierto, de servidumbre legal, porque no hay ley, sino sólo económica, y por ende social, cultural, política. En los escalones medios e inferiores del orden jerárquico de los subsistemas económicos nacionales, el éxito no se mide en términos de desarrollo sino de subdesarrollo. Se necesita, es verdad, cierta dosis de “políticas sociales”, para contener el descontento y asegurar la “gobernabilidad”, reformas adecuadas en los regímenes regulatorios, instituciones y normas legales, para brindar “seguridad jurídica” a los “inversores”, y para regatear con ellos y con sus representantes. El ingrediente de gourmet para la receta oportunista es, además, un toque prudente de soberanía formal.

Los países que no compiten por escalones elevados en la jerarquía internacional del capitalismo potenciado, deben competir entre sí por escalones intermedios; el secreto de su “éxito” reside en someterse a las imposiciones de las grandes potencias. Tal es el mensaje que con toda crudeza les transmiten los bancos y los organismos de “cooperación internacional”, encargados de la misión de imponer sumisión.

Nuestra gente no está suficientemente precavida contra la ilusión de una nueva etapa de progreso conducida por las burguesías nacionales, ya extintas, o irremisiblemente degradadas. Para liberarse de esa ilusión funesta, le falta todavía una buena estrategia propia. Su ocasional indiferencia política expresa claramente que no confían en sus direcciones. Nuestro pueblo pasa por grandes penurias y padecimientos, pero la más decisiva de sus necesidades insatisfechas es la intelectual, la teórica, la científica.

Hay preguntas ineludibles. ¿Acaso ha llegado la civilización humana a un callejón sin salida? ¿Cuál es la alternativa, cuál es la opción histórica real? ¿Cuál es el papel de los trabajadores?

Experiencias y propuestas de planificación y de gestión de empresas

AVN: Aquí es donde podemos hablar de tus ideas, experiencias y propuestas específicas de planificación y de gestión de empresas industriales en el actual contexto argentino.

PL: Las propuestas que considero dignas de poner en discusión provienen de la teoría del capital tecnológico, y del escenario de la lucha de clases en el mundo capitalista en los comienzos del siglo XXI.

Debemos tener presente que la sociedad ha sido profundamente transformada. Parece una paradoja (pero no lo es) que una consecuencia de la diferenciación del capital es la *indiferenciación* de la sociedad civil y el Estado. En éste se ha disipado la forma aparente, pero objetiva, del Estado *moderno*, encarnación suprema de la soberanía popular, y por tanto de la justicia, la voluntad general, el interés de todos. Han desaparecido las dicotomías propias de la civilización capitalista, fundamento del equilibrio de poderes y por consiguiente de las libertades y garantías constitucionales democráticas. El individuo moderno ya no es por un lado miembro de la sociedad civil, y por otro lado ciudadano, sino que el capitalista es sólo capitalista y el obrero es sólo obrero, ocupado o desocupado, y no puede ser ciudadano, sin más, sino que para ser ciudadano, y por tanto, para ser hombre libre, mujer libre, tiene que adquirir, y, en verdad, hoy, crear, la ciudadanía obrera, proletaria, universal.

El poder que surge de la sociedad civil sobre la propia sociedad civil, para el cual la mediación del Estado es (a diferencia del poder político) de carácter práctico pero no esencial, extiende la planificación económica más allá de los dos nichos en los que la reconoce la economía política abstracta: más allá del ámbito privado (portón adentro, actividad de mando del patrón que personifica el capital, hacia el interior de su cuasi-mónada), y más allá del ámbito público (fronteras adentro, potestad del Estado “soberano”, y función subsidiaria suya, de apoyo y protección a la empresa privada, en su territorio circunscrito).

En el sistema de reproducción del capitalismo diferenciado la competencia capitalista que describe y explica la teoría vulgar no ha desaparecido, ni mucho menos. Los representantes del capital están impulsados por la misma sed insaciable, están consagrados a la misma finalidad suprema (maximizar sus tasas temporales de ganancia), y se dedican a alcanzarla con la misma devoción implacable, unilateral y maníaca. Pero la misma competencia capitalista está subsumida ahora por el duelo de poder directo, que se dirime en los subsistemas de capital. En ellos, empresas entablan entre sí relaciones directas de acumulación, en las que unas empresas controlan y gobiernan a su favor las condiciones de acumulación del capital de otras empresas. Es un duelo de dominación, donde la cuestión en juego es cuáles empresas planifican a otras, y cuáles deben desenvolverse en el subsistema planificado por una empresa dominante. En efecto, la competencia no ha desaparecido, ni se ha atemperado. Antes bien, se exagera febrilmente, cada vez más. Pero su resultado no es una tendencia hacia la igualación de las tasas de ganancia (como debe desprenderse de la explicación económica abstracta). Ocurre lo contrario: en virtud del proceso de diferenciación del capital, inmanente al capital mismo, y correlativamente con la diferenciación, las empresas de capital y las tasas de ganancia de distintos tipos de empresa se diferencian

de un modo progresivo e irreversible. No hay ningún proceso de equilibrio general que nivele las tasas de ganancia. Las empresas que planifican el ámbito en el que se desempeñan otras empresas reproducen incesantemente las condiciones por las cuales obtienen tasas de ganancia extraordinarias. Como consecuencia de ello, se extingue el proceso de objetivación de la tasa media de ganancia, y la mayor parte de las empresas de capital sólo logra tasas de ganancia infra-promediales.

Como tú sabes, dediqué algunos trabajos a estudiar la diferenciación del capital y la consiguiente formación de subsistemas de acumulación. En especial, he procurado explicar cómo y porqué, a partir de cierta etapa en el desarrollo del capitalismo industrial, se inicia y se acentúa el proceso de diferenciación intrínseca del capital, y cómo en el siglo XX este proceso transforma radicalmente la sociedad mundial capitalista. Quisiera ahora señalar en términos generales, brevemente, algunas consecuencias políticas de esta transformación. La principal es que podemos atisbar el escenario real de la lucha de clases hacia el ocaso del sistema, y durante lo que probablemente será un complejo período de transición.

Durante este período los trabajadores actuarán en los ámbitos de planificación determinados por las mismas estructuras del capital diferenciado. En las empresas de capital diferenciado, primero, y, consecutivamente, en los subsistemas de capital gobernados por las grandes empresas de capital potenciado, para comenzar a disputarle a éstas el poder de planificación. ¿Cómo? Mediante ejercicios de planificación entre las sombras, desde abajo, en un comienzo sólo de “simulación”, los trabajadores aprenderán progresivamente a apropiarse de sus propias capacidades productivas, preparándose de este modo para gobernarse y formar, sobre los fundamentos culturales puestos históricamente por el capitalismo, una nueva civilización. La revolución política será la culminación de este proceso. Más allá de una serie de episodios históricos que la anticipen, sólo podrá completarse y realizarse plenamente cuando el proceso de planificación obrera haya madurado como para darle un carácter socialista sostenible.

En la *imago mundi* que nos brinda la economía política de la transición, la clase trabajadora abarca la abrumadora mayoría de la población del planeta, mientras que el proletariado propiamente dicho es una parte, no mayoritaria, de la clase trabajadora. La conciencia de clase es connatural a la condición de la clase trabajadora en general, y más especialmente, del proletariado en particular. Pero incluso en el proletariado propiamente dicho esa conciencia primaria es abstracta, y, en ese estado de obnubilación, del que sólo puede salir mediante un esfuerzo conceptual, constituye un componente de la ideología capitalista. Sin este componente contradictorio pero neutralizado, no hay, propiamente, ideología. La dominación más eficaz requiere del consentimiento de los dominados, la explotación más eficiente debe valerse de la voluntad de los explotados, la ideología alcanza su máxima efectividad cuando contiene una contra-ideología inefectiva.

La burguesía revolucionaria de los siglos XVII y (especialmente) XVIII tuvo una clara noción de la fuerza emancipatoria de la filosofía y de la ciencia. El espíritu propiamente filosófico resucitará con potencia inmensurable en el proletariado del siglo XXI. La conciencia de clase sólo puede salir de su obnubilación abstracta en la medida en que la teoría actualizada permita comprender el nuevo escenario histórico y elaborar la estrategia. La economía política de la transición aporta a esos fundamentos teóricos. Una tarea urgente en nuestra época es recuperar críticamente la rica cultura socialista universal. La sombría perspectiva de catástrofes sociales y sociales-naturales en los que ya desemboca el capitalismo ponen una nota dramática a la urgencia de esa tarea. Pero también hay estímulos, por así decirlo, positivos. En los últimos años, en algunos de

nuestros países, particularmente en Argentina, la cultura socialista se ha visto enriquecida con el aporte nuevas experiencias de autogestión obrera. Hemos podido avizorar las posibilidades, pero también las dificultades, que debe enfrentar la gestión popular de los recursos económicos. Estamos convencidos de que el control obrero de la producción en un marco capitalista y en una época transicional no se va a dar predominantemente a través de cooperativas de trabajo sino a través de los obreros con patronos que constituyen la gigantesca mayoría. Los pocos casos de gestión obrera de algunas empresas industriales pueden ser, han sido ya, escuelas de planificación. Deben brindar teoría, métodos, experiencias, entrenamiento. Pero la realidad histórica en el gran escenario del mundo son las empresas de capital con las altas patronales asistidas por verdaderos ejércitos de funcionarios, gerentes técnicos, supervisores, capataces, que planifican el proceso de trabajo de manera absolutamente totalitaria.

Los trabajadores, unidos por sus reivindicaciones espontáneas comunes, se proponen a la vez aprender la gestión de la empresa. Los compañeros se comunican entre sí. Algunos de ellos comienzan a planificar idealmente. Hacen un seguimiento de los cursos de acción que sigue la patronal. Los interpretan, los discuten, toman todos los aspectos financieros, societarios, comerciales, tecnológicos, de la gestión, como de su inmediata incumbencia. Acceden a los secretos de la alta gerencia patronal. Elaboran una visión de conjunto del proceso productivo y su lugar en él, se asoman a la conciencia histórica que no consiste sólo en conocer la historia sino en hacerla. Planifican idealmente, pero poco a poco la idealidad cobra carácter real. Casi desde un comienzo, la planificación desde las sombras, desde abajo, “desde las sombras de abajo”, da su primer fruto: al sentir la necesidad de regirse por normas elaboradas por ellos mismos, comprenden que el patrimonio mayor reside en la calidad de su compromiso recíproco, y asoman de lleno a la verdadera libertad. Comprueban de inmediato que esta dimensión es evanescente y esquiva. El mundo que avizoraron, el suyo, los espera después de un largo camino.

Pero no es sólo un barrunto. Si no fuera más que esto, desaparecería sin huellas. A medida que los trabajadores reúnen, uniéndose, fragmentos de información que les brindan un cuadro más coherente de lo que puede ser y será poco a poco la unidad de planificación, la idealidad de este ejercicio, su aspecto teórico y conjetural, va dando lugar a la comprobación de que sus necesidades y su capacidad de prevalecer contra la patronal se acrece inequívocamente. Exigen información, explicaciones, decisiones en un sentido que para ellos se va tornando cada vez más significativo. Objetivamente, en lo concreto, apuntan ya al control de la producción. A sus reivindicaciones colectivas tradicionales, salarios, condiciones de trabajo, derecho de reunión, se suman insensiblemente otras que antes no figuraban en su horizonte, en sus reclamos, en sus reivindicaciones elementales. La unidad inmediata de gestión directa, la empresa de capital, es sólo un eslabón en el proceso de acumulación del capital. Más allá de la gestión inmediata de la empresa se extiende un espacio de militancia y de planificación desde las sombras, de acción solidaria y conjunta con otros trabajadores de empresas proveedoras y clientas de la suya, en el mismo subsistema de acumulación, que ya constituye de hecho el ámbito de planeamiento de las empresas de capital potenciado que gobiernan el subsistema, y ofrece el escalón natural para extender, primero, el ámbito de solidaridad y acción conjunta entre trabajadores de varias empresas, y luego un ámbito de planificación obrera intermedio, que ya no es la empresa privada y todavía no abarca el proceso de reproducción social como un todo.

La autogestión es motivo de proyectos y experiencias prácticas desde hace dos siglos. Incluso hoy, el control obrero de la producción inmediata sólo puede ser

excepcional y efímero, mientras no se concrete en la perspectiva de planificación obrera en gran escala de subsistemas de producción. No me estoy refiriendo a los profundos y complejos procesos políticos (a los que las principales tradiciones socialistas aluden con el término Revolución) necesarios para que la gestión democrática de los recursos económicos subsuma y reemplace al capital. En ese proceso los trabajadores se preparan para autogobernarse. No podemos saber de antemano si lo lograrán o no. La revolución política es inevitable, históricamente necesaria, ineludible. Pero no está escrito que la revolución política es suficiente para abrir las puertas de una nueva civilización. Si la revolución encuentra a los trabajadores preparados para planificar la producción, podrán reconstruir la vida social, y elevarla, y abrir una nueva etapa de la civilización. Pero sólo podrán prepararse primero, y poner a prueba su madurez después, si el mismo desarrollo capitalista ha creado las condiciones para ello, y si, además, supieron antes comprenderlas y prepararse. Ese *antes es ahora*.

Recapitulando, las propuestas que pongo en discusión están inspiradas por una experiencia incipiente y, por cierto, hasta el momento, poco exitosa, en la planificación obrera práctica, pero toman forma y vuelo por medio de la crítica de la teoría económica recibida, crítica que desemboca en la teoría de los procesos correlativos de diferenciación del capital, configuración de subsistemas, las leyes de transformación del sistema, presididas éstas en la última etapa por la diferenciación tecnológica del capital industrial, y (re)abre el campo de la economía política de la transición.

Esta teoría está en pañales, pero ya nos brinda un cuadro concreto del escenario presente de la lucha de clases, y en él toman contorno nítido los rudimentos generales de una estrategia socialista. Comparemos este cuadro una vez más, con el que ofrece la teoría recibida. Los conceptos esenciales son los mismos, aunque su desarrollo los transforma. Debido al carácter esencialmente mercantil del capital, la trama y la estructura social general de la producción era y sigue siendo la relación indirecta entre cada empresa de capital y la totalidad de las restantes. Cada empresa entabla con todas las demás una relación indirecta presidida por las leyes económicas del capital no diferenciado. Pero mientras nos representamos el mundo capitalista sobre la base del capital no diferenciado, el ámbito económico está formado sólo por la interacción mercantil general entre los agentes del mercado.

Lo que trae de nuevo la teoría del capital tecnológico a esta representación es precisamente la diferenciación del capital y la consiguiente configuración de subsistemas de capital. Éstos constituyen ámbitos de planificación intermedios entre la empresa (que detenta la propiedad privada -y privativa- de las condiciones técnico-materiales del trabajo social y que comanda a su vez el proceso directo del trabajo) y el todo anárquico estrictamente no planificado. El subsistema es un ámbito semi-planificado donde unas empresas planifican a otras, mediante el control unilateral de parámetros críticos de la gestión del capital, y en donde la relación social general (que es la mercancía) está matizada y gradualmente remplazada por una relación que todavía conserva la forma mercantil, pero la relación entre compradores y vendedores ha sido remplazada por una relación entre acreedores y deudores. Esta relación se ve dominada por relaciones de poder entre los integrantes de un subsistema jerárquico de capital. Si la forma típica de transacción mercantil entre empresas de capital no diferenciado es el contrato “perfecto” (que supone la igualdad social y la libre voluntad de las partes), la forma de contrato entre empresas de capital diferenciado es el “contrato de adhesión”.

La planificación obrera “desde las sombras” tiene en los subsistemas económicos un horizonte intermedio, próximo pero no inmediato. Comienza en la propia planta industrial, y debe dominarla primero *siquiera teóricamente*. Lo que se ha

dado y se está dando en nuestro medio, todavía de un modo por demás incipiente, es el control obrero de la producción circunscrito a la planta, *en fábricas sin patrones*. La lección que ofrecen estos trabajadores a su clase es que la planificación obrera es posible, pero requiere una preparación. Las “empresas recuperadas” de Argentina son una escuela y una fuente de experiencia para los socialistas y los sectores avanzados de la clase obrera.

Hay que tener presente que la ocupación obrera de estas fábricas a fines del 2001 no fue, ni mucho menos, la culminación de una larga lucha, durante la cual los trabajadores realizaron ejercicios de planificación como el que hoy propugnamos. La necesidad de tomar a su cargo la marcha de la planta industrial se presentó accidentalmente, en una situación de crisis económica: la deserción de varios centenares de patrones, matizada en varios casos con quiebra fraudulenta, fue expresión de la extinción de la burguesía nacional que, sencillamente, ya no está, ni quiere ni puede estar, al frente del desarrollo económico y el progreso social. En esta ocasión, la toma de las fábricas por parte de los obreros no fue parte de una estrategia de emancipación sino una reacción desesperada para asegurar su supervivencia.

El control obrero de la producción es un concepto complejo: la producción y reproducción del capital se realiza en el sistema capitalista mundial como un todo, no hay propiamente un proceso de producción acabado ni en una empresa, ni en un subsistema, ni en uno de nuestros países. Entonces cuando hablamos de control obrero de la producción en el ámbito de una empresa o de un subsistema estamos en una perspectiva que es de suyo programática, de gran alcance: un pequeño destacamento local de la clase obrera inicia un proceso histórico. Si éste no se frustra, si no fracasa prácticamente, o no sufre una recaída en el campo gravitatorio del capital, en el que debe desenvolverse, ayudará a anunciar a la clase trabajadora la buena nueva de que ha llegado la hora de apropiarse de sus propias capacidades productivas y formar una nueva civilización. Pero todavía responde a la necesidad imperiosa de conservar las fuentes de trabajo, de sobrevivir. El motivo inmediato no apunta deliberadamente a ningún tipo de transformación social. Se comienza evocando derechos sociales muy elementales, pero inmediatamente se pone de manifiesto que esa empresa tiene que operar en el ámbito de la acumulación y la competencia capitalista. Los trabajadores enfrentan problemas inéditos, delicados y profundos: darse una disciplina de trabajo rigurosa mediante un sistema de representación enteramente democrático, y al mismo tiempo mostrar al mundo que el control obrero de la producción está en condiciones de reemplazar a la patronal, y más, de superarla mediante una gestión de alto vuelo, capaz de evitar y revertir las catástrofes sociales y naturales que inevitablemente resultan de la prolongación ya anacrónica del sistema capitalista.

AVN: Seguramente has reflexionado sobre la viabilidad de las experiencias en las que has participado.

PL: Hasta ahora las primeras experiencias de control obrero que se producen en esta época resultan ser accidentales y accidentadas. Tienden a ser discontinuas. Su continuidad, su aporte a un acervo acumulativo de cultura obrera y socialista, es función de la teoría. Su *viabilidad* sólo puede medirse en función de su éxito, pero éste a su vez puede calificarse según tres criterios distintos, todos ellos extraordinariamente exigentes.

El primero pregunta sobre el logro del propósito inmediato del trabajador colectivo: su supervivencia, su bienestar y seguridad, condiciones de trabajo, perspectivas de progreso. Aquí la comparación con la empresa capitalista es económica,

pero también moral y espiritual: ¿Vivimos mejor? ¿Nos educamos mejor? ¿Nos realizamos mejor en nuestro trabajo? ¿Mejora la calidad de nuestras relaciones laborales y familiares? ¿Logramos mejores productos para el pueblo y para la conservación del ambiente natural? ¿Hemos elevado el nivel, el compromiso, la efectividad de nuestra solidaridad social? ¿Fortalecemos nuestra capacidad de organización? ¿Progresamos en nuestra formación técnica y tecnológica, en nuestra cultura general, en nuestra conciencia histórica, en nuestra capacidad de aportar la lucha de nuestra clase?

El segundo criterio inquiriere sobre la conservación del carácter obrero independiente de la empresa obrera. El problema no llega ni siquiera a suscitarse si los trabajadores no han resuelto el primer problema, el de asegurar su supervivencia inmediata. Tampoco llega a plantearse si para sobrevivir se han puesto en una situación de dependencia con respecto a programas estatales de “asistencia social”, y a comprometer su independencia a cambio de ventajas circunstanciales, si han caído en la trama clientelística de políticos burgueses. La preocupación primordial en este sentido gira en torno a la capacidad y la decisión de los trabajadores para resistirse a las fuerzas de recaída en prácticas patronales y regresión hacia motivaciones pequeño burguesas que operan objetivamente sobre las relaciones internas en la empresa autogestionada para retrotraerla a la estructura de mando característica de la empresa de capital. Nunca deben ser subestimadas estas tendencias, especialmente si los trabajadores no han vencido las complejas dificultades que deben resolver para alcanzar una cultura madura de gestión democrática, si se ha disipado el clima de entusiasmo social general que los acompañó en sus primeros pasos de gestión independiente y si se ha empañado la simpatía y la solidaridad que los rodeó y protegió de las agresiones de la reacción.

El tercer criterio, que es principalmente el que aquí nos ocupa, es el comprender la experiencia de la gestión obrera en su dimensión histórica. Plantea el problema del papel que le cabe a la experiencia local de control obrero de la producción inmediata en algunas fábricas, en una gran estrategia socialista. Puede decirse que tiene como premisas la satisfacción de los dos primeros criterios, pero no es estrictamente así. En rigor, lo que se plantea es la necesidad y la posibilidad histórica de la gestión obrera como característica de un período de transición del capitalismo a otro sistema histórico social. El tercer criterio remite a la estrategia socialista, a su base científica, y al aporte de la teoría económica en la construcción y la actualización de ese fundamento.

De hecho, si me refiero a las experiencias que llevamos a cabo en Argentina, esa viabilidad está en jaque. Sin embargo se demostró concluyentemente la posibilidad de la gestión obrera incluso en condiciones muy adversas, en plantas industriales que las firmas capitalistas desertoras dejaron en estado deplorable, con máquinas obsoletas y en lamentable estado de mantenimiento. El clima de gran animación política que los acompañó en un primer momento se ha disipado y aún revertido, antes que el ejemplo de la gestión obrera se propagara a las fábricas con patrones, lo cual constituye el paso decisivo. Aun en esas condiciones, los obreros argentinos aportaron experiencias maravillosas e incluso técnicas de gestión obrera democrática que permiten que nuevas experiencias partan de un nivel inicial más avanzado. El desarrollo de la gestión obrera que apunta al control obrero y a la planificación obrera no solamente de la producción inmediata, sino de la reproducción de subsistemas en gran escala no puede ocurrir sino en una situación de gran efervescencia y animación política como la que conoció la sociedad argentina hacia fines del 2001 y principios del 2002. Es en ese horizonte en el que debemos colocar la cuestión de la viabilidad, que tú planteas: cuando vuelva a presentarse una situación de crisis de esa escala se retomará inevitablemente esta experiencia a partir de lo logrado por trabajadores argentinos. Habrá entonces

trabajadores motivados que han tenido una experiencia verdaderamente importante de creación institucional que se formaron en la experiencia de la planificación obrera, y contarán con teoría e instrumentos de gestión *ad hoc*. Los trabajadores tienen que auto-legislarse para planificar. La teoría responde en principio positivamente a la cuestión de la viabilidad histórica. Sólo en principio, es verdad. Pero es una buena nueva, porque no conocemos otra opción. Hay que trabajar.

La integración latinoamericana no es el mercado, es la integración de los pueblos

AVN: Probablemente la viabilidad de nuevas propuestas y experiencias deba plantearse ahora también más allá del marco de nuestros países, considerados separadamente. En México se habla mucho ahora en ciertos medios de volver la mirada hacia América Latina, después de la negligencia de los últimos años, de conocer mejor experiencias como la del Mercosur.

PL: La retórica oficial tiene muy poco valor. La integración latinoamericana es la integración de los pueblos y de la clase obrera: no es el mercado, no es el Mercosur, tampoco lo fue el Pacto Andino, a pesar de que éste consistió potencialmente en una integración más profunda. Este Pacto, en particular, estableció una política tecnológica: se trataba, por ejemplo, de obligar a las transnacionales a que los contratos de tecnología fueran públicos y de llevar a cabo una serie de objetivos que el Mercosur ni se imagina. Éste no ha sido capaz siquiera de recibir el legado institucional que dejó el Pacto Andino. La perspectiva de integración latinoamericana reside en la planificación obrera de grandes subsistemas industriales.

La finitud del capitalismo: el socialismo y el pensamiento crítico

AVN: A donde dirijamos la vista el panorama es desolador. Degradación de nuestras sociedades, quiebra de diferentes proyectos, crisis del capitalismo, peligros para la supervivencia humana y de la civilización, cuestionamiento en profundidad del llamado socialismo real.

PL: En efecto, poco a poco se empieza a poner en el centro del escenario el problema de la finitud del capitalismo lo cual obliga a reflexionar sobre su transformación y alternativas posibles. En cuanto al socialismo, una profunda confusión ideológica obnubiló al mundo durante casi todo el siglo XX. El siglo alucinó que en Oriente había socialismo, y en Occidente democracia. Y, sin embargo, muy temprano, desde los años veinte, diversos autores marxistas hablaron de capitalismo de Estado en la Unión Soviética. Uno de los primeros, aunque no fue muy claro, fue Friedrich Pollock, integrante de la Escuela de Frankfurt. Fue sobre todo Tony Cliff en su trabajo de 1947 (publicado como libro en 1974 con el título *State Capitalism in Russia*) quien con una argumentación muy interesante explica que el problema del socialismo y el capitalismo no se puede reducir a la cuestión de la propiedad de los medios de producción, sino al carácter capitalista o no de la acumulación económica. De tal manera que cuando en la jerga estalinista se habla de desarrollo industrial a pasos forzados lo que se está dando es una acumulación capitalista. Cuando los economistas de Europa Oriental hablaban de moneda socialista, lo que usaban era expresiones absurdas que encubrían una confusión tremenda.

AVN: ¿Crees que en América Latina se ha asimilado esa crítica sobre lo que se conoció como la “construcción del socialismo”?

PL: No lo creo. El pensamiento crítico se ha retrasado muchísimo en América Latina, por eso persisten versiones del marxismo que tienen poco parentesco con la obra de Marx. Además está de moda tomar partes sueltas de esa obra y buscar su aplicación. Pensar que se puede tomar un paradigma analítico y aplicarlo a un trabajo empírico es muy peligroso. Es necesario comprender la estructura conceptual completa, no tomar elementos aislados como si fueran figuras acabadas de la teoría.

AVN: ¿Qué interés hay por el tipo de trabajo que desarrollas, después de todo lo que ha pasado en América y en el mundo en las dos últimas décadas?

PL: Hay un punto de inflexión, sobre todo entre los jóvenes. El interés que profesan es todavía vacilante, pero cada vez más claramente responde a la necesidad angustiante, dramática y trágica, de nuestra época por la actualización teórica. Las nuevas generaciones perciben inequívocamente el agotamiento histórico del sistema capitalista, el cual claramente se manifiesta en la incapacidad de cumplir su promesa secular de asegurar el progreso universal, o siquiera brindar un mínimo de civilización y de bienestar material, o al menos asegurar la supervivencia humana.

Conocemos jóvenes estudiantes que rápidamente alcanzan una madurez asombrosa ante la magnitud de las tareas y los compromisos. Su vocación apunta a la universidad de las catacumbas. Es la versión universitaria del control obrero de la producción en las fábricas. Los universitarios somos parte de la clase trabajadora. Las tradiciones universitarias en América Latina, tan importantes en otros planos, son sin embargo extremadamente limitadas desde el punto de vista del control de los estudiantes sobre las materias. Se trata de tomar como propia la carrera universitaria, investigar, estudiar y enseñar, debatir los grandes problemas de la época, en América latina y el mundo. Debemos esforzarnos por entender bien en qué consisten nuestras diferencias, y trabajarlas teóricamente, conceptualmente. No se trata de llegar a un acuerdo sobre principios teóricos, y convertirnos en clones. En eso precisamente consiste la universidad, más allá de las instituciones académicas cooptadas por las agencias centrales de F&E (financiamiento y extorsión).

Algunas publicaciones de Pablo Levín

El capital tecnológico

Libro adaptado de la Tesis Doctoral: *El valor de cambio o la forma del valor mercantil. La teoría del valor en el marco del capital tecnológico*, CENDES, Universidad Central de Venezuela, 1994. Publicado por editorial Catálogos, 1997, Buenos Aires (Argentina).

"Socialismo científico o la 'jactancia' de la economía política"

Artículo publicado en *Nueva Economía*; Academia Nacional de Ciencias Económicas, Caracas Venezuela, Año XI, N° 18, Octubre de 2002

"Ensayo sobre la cataláctica"

Publicado en Revista *Nueva Economía*, Organo Institucional de la Academia Nacional de Ciencias Económicas de Venezuela Año XII No. 20, Octubre 2003.

"El planificador de la reproducción y sus tribulaciones"

Nota publicada en la Revista *Nueva Economía*, Organo Institucional de la Academia Nacional de Ciencias Económicas de Venezuela, Año XIV Nro. 23, Abril de 2005.

"Review of **economics & utopia: why the learning economy es not the end of history**", en *Review of Radical Political Economy*, Vol. 34, N°2, Spring 2002